V (367-1)

cuadernos

de literatura

proletaria

1

33381

I. Gorki habla. . .

por Vladimir Pozner

II. cuentos chinos

por O. Erdberg

III. estampas rusas

por Gregorio Guerra

SANTIAGO 60 cts.

PROVINCIAS 80 cts.

Gerardo Ortúzar Riesco

Teatinos 340 — Casilla 3585 — Teléfono 89379

a b o g a d o

consultas
particiones
juicios civiles
juicios de empleados
actos de jurisdicción voluntaria
alegatos ante Tribunales Superiores

LEA CRÓNICA

El diario que representa la nueva ideología económico - social

Precio: 20 centavos

Suscripciones:

Un año..... $ 50.—
Un semestre... „ 26.—
Un trimestre... „ 14.—

Moneda 1353
Teléfono 82828
Casilla 3761
Santiago

cuadernos
de literatura proletaria
santiago de chile
casilla 3585
teléfono 89579--66766

AÑO 1 No. 1

gorki habla . . .

Por Vladimir Pozner.

Traducido para «Cuadernos de Literatura Proletaria» por Pedro Germain

En nuestro país el hombre es cuatro personas diferentes a la vez. Había un mercader en el Volga que había tenido cuatro mujeres. Más tarde casó a su hijo y se emborrachó de tal modo en la comida de bodas que tomó, al lado de la novia, el lugar de su hijo. Luego resolvió casar a su segundo hijo. Este trató de resistir al padre, y el anciano lo apaleó en tal forma que quedó idiota por el resto de su vida. Y se acostó nuevamente con la nuera. El tercer hijo se fugó... Vea Ud. habría sido indecente de parte del hombre tomar una mujer extraña y vivir con ella sin haber ido a la iglesia. En cuanto a las nueras, puesto que vivían bajo el mismo techo! Nadie tiene el derecho de hablar. Lo he conocido a ese hombre; debía tener sus setenta años. Una cabeza más que yo de alto, unos hombros... dientes que centelleaban, ojos azules, fríos que, de repente, lanzaban chispas. Manos de oso, y piés enormes; cuando caminaba, los imprimía en el suelo...

(Estamos en Italia, en Sorrento, en la villa, al borde del mar, que Gorki ocupa durante los meses de invierno en espe-

ra de la primavera que le permitirá, como todos los años, volver a Moscú. Instalados delante de la mesa grande, escuchamos a Gorki hablando).

Historias de mercaderes

En mis recuerdos he descrito a Bougrov, otro mercader. Iba a tomar el té a su casa, a las 8 de la mañana. Nos mandaba un vehículo: venga Ud. a tomar el té. ¿Por qué nó? El té era fuerte, el pan caliente, el caviar fresco. En su casa, pisos resplandecientes, cruzados por caminos de tela, pequeños tapices, a lo largo de los cuales corrían lindas muchachas jóvenes, morenas. Parecían religiosas. El vivía sólo. Un hombre que no necesitaba nada. Poseía cuarenta millones y había recibido treinta en herencia. Le gustaban las jóvenes, y, prefería las de menos de quince años. Elegía una, vivía con ella, después la casaba con uno de sus empleados. Le daba una dote tres mil, cinco mil. Y hacía construir una casita para cada una. Siempre lo mismo. Tres ventanas, Un techo de fierro. Solamente los muros eran pintados de colores diferentes. Desde el tren, todo aquello se veía muy raro. Una casita por aquí, otra por acá, otras aún y todas parecidas. Las novias de Bougrov... No le gustaba la nobleza. Había hecho derribar el teatro y levantar en su lugar la municipalidad. Construyó el teatro en otra parte. Hizo instalar la canalización por su cuenta. Un hombre divertido. Construyó un asilo nocturno, excelente. Un dia le dije:

—En su asilo echan a todo el mundo a las seis de la mañana, los tipos no saben donde ir, y van a la taberna y allí se ven obligados, sin querer, a engullir algo. El patrón anota todo en la pizarra. Así, en el curso del invierno, consumen contra su voluntad de 75 a 100 rublos cada uno. A la vuelta de la primavera, el tabernero los hace trabajar, cobra un rublo un rublo y medio por cabeza, les da veinte kopecks y se guarda lo demás.

Bougrov contesta.

—¿Què tienes que preocuparte siempre de los desarrapados? Podrían muy bien comprarse un reloj.

—¿Qué reloj?

—Un reloj de pared, por ejemplo.

—¿Para que?

—Para saber la hora.

—¿Y si Ud les comprara uno?

—Eso es; todavía soy yo quien debe comprarlo todo.

—Deme el dinero, haré lo necesario, Ud. no tiene porque preocuparse de nada.

—Pues bien, toma...

Ud. ve que hombre era. Una vez fuimos con él a una ermita. A la noche estábamos tendidos sobre el pasto.

—¿Duermes? pregunta Bougrov.

—Nó.

—Seguramente, ¿tú no crees en Dios?

—Nó, no creo.

—¿Y las estrellas?

—Cómo. ¿las estrellas?

—¿Quién las encendió?

¡Las estrellas quién las encendió! Tenia miedo: si en el otro mundo se les ocurriera desollarlo seis veces por cada jovencita... Daba plata para la Revolución. Sí, daba. Un día repartieron folletos en su fábrica. Me muestra uno y me pregunta:

—¿Es con mis chauchas que se hacen imprimir estos folletos?

No contesto:

—No sé, tal vez que sí.

—Bien trabajado.

¿Qué hacer con semejante hombre?

Otro comerciante; debido a ciertas particularidades de su carácter, se arruinó. Sus acreedores lo hicieron poner en la cárcel. Cuando salió libre, tenía algún dinero.

Fué a ver a Tolstoi. Lev Nikolaievitch, conferenció con él, luego volvió, se compró botas de terciopelo, una gorra. E intentó un pleito: la policía le había hecho pagar injustamente un kopeck. Digo bien: un solo kopeck. Fué al tribunal. El tribunal no se emocionó por un kopeck; además estaba la policía de por medio; le fué denegado. Se dirigió a los jueces de paz. Nadie lo tomó en serio, y su demanda fué nuevamente denegada. Depositó una queja en el Senado. Fué el mismo a San Petersburgo. Y ganó el pleito. El Senado condenó a la policía a pagar el kopeck y los gastos del pleito. El comerciante vuelve a Nijni-Novgorod, va a ver al gobernador, ya está, he ganado. El otro no contesta nada, aunque esté vejado. El mercader. llega hasta el diario—en ese tiempo trabajaba yo en la redacción: publique, dijo, la decisión del Senado. Nosotros aceptamos. Se manda el texto a la censura y el censor suprime todo. Al día siguiente llega el hombre armado de un bastón.

—Entonces ¿por qué no lo han publicado?

Le mostramos la hoja. Se pone a aullar.

—¡Cochero! ¡Donde el gobernador! Es así, dijo, ¿cómo combates al Senado.

El otro contesta que no sabe nada.

—Mientes, eres gobernador y debes saberlo todo. Di al censor que dé el permiso.

Pues bien, el censor recibió una advertencia.

Otro caso de mercader: Gordei ..... Un buen día desaparece. Lo buscan por todas partes, ninguna seña. El tiempo pasa y no vuelve. Se publica un aviso en las «Noticias del Senado». Nada. Se nombran administradores para sus negocios, se vende su compañía de navegación, sus tierras, sus embarcaciones. Quedan ciento ochenta mil que van a su hijo y a su hija. El no da señal de vida. Pasan cinco o seis años. Es la feria en Nijni. Un tren entra en la estación. De un coche de primera clase sale un monje sacerdote, muy digno, con una perilla en punta. Es Gordei! Es

seguida sus amigos acuden, todos los que habían comprado sus bienes por un bocado de pan.

—¿De dónde vienes?

—Del monte Athos.

Había tenido deseos de volver a ver su ciudad natal. En grupo visitan la feria. Luego Gordei dice:

—Hay que tomar algo.

La pandilla arrienda un hotel por veinticuatro horas: se mantienen las atracciones pero no dejan entrar a nadie. Esc duró dos días. Se pusieron en tal estado que los convidados desnudaron a una artista, la tendieron sobre un piano, se engancharon al instrumento amarrándose con toallas. El monje también participó. ¿Por qué nó, puesto que habían tapado los iconos con servilletas? La artista no dejó nada. En dos días, había ganado más que en muchos años.

Llegaban cantatrices a la feria, francesas y otras extranjeras. Recuerdo una tal Lili Blanche. Encanta de tal modo a un mercader que, en el sitio mismo, le regala una lancha cargada con pescado. Por la mañana recupera sus sentidos, la lancha vale unos diez mil rublos, el pescado unos cuarenta rublos por poud. Esto parte el corazón. Recuerda la familia, los niños ya grandes. El mercader va al hotel, donde Lili Blanche. Le ofrece cinco mil por la lancha. Porque él había firmado un papel. Pero ella ya había tomado sus informes. Nó, dijo, veinte mil. Regateos. El tuvo que ejecutarse....

Una dama ha venido a la feria. La mujer de un funcionario. Le han ofrecido baños de champaña. Le han besado la pierna, ¡sí! Ahí está, sentada sobre un estrado, dejándose besar la pierna desnuda: diez rublos hasta el tobillo. veinticinco hasta la rodilla, etc. Cuando son mercaderes, puede pasar, pero cuando es uno de los nuestros, un literato, que despliega un billete de veinticinco, ganado con el sudor de su frente, entonces ¡realmente! y además, está de novio. Viene a la redacción: todo el mundo está ya al corriente. Su novia trabaja en el mismo diario...

La feria de Nijni

En la feria de Nijni, sucedía algo pasmoso. Una fuerza tal para gastar la vida fastidiosa.

Un clown exhibía en el circo un chancho sabio. Algunos mercaderes hicieron robar el chancho por cinco mil rublos, lo asaron y se lo comieron. El clown, cuando lo supo, pasó la cabeza dentro de un nudo, en pleno espectáculo, y saltó en el vacío...

Otros emborracharon caballos con champaña, luego se amontonaron adentro del coche y adelante. Las bestias corrieron ocho verstas sin resoplar; el champaña, debe tomarse en cuenta. Los transeuntes aullan, pero no se les cotiza. Muchos tipos cayeron en el camino, pero dos de ellos se mantuvieron hasta el final. Los caballos se pararon por sí mismos en las afueras de la ciudad.

Un día, un mercader llega a Nijni, baja a un hotel y pide para la noche una comida de veinticuatro cubiertos. Solamente dice hay que coser los manteles. No quiere que haya un mantel, luego otro, y un hoyo en el medio. Todo se hace como lo pide. Vuelve a la noche, inspecciona la mesa. toma el mantel por una punta, lo tira hacia él, todo se derrumba en mil pedazos. El mercader echa diez mil y se va, contento: se ha divertido.

Un habitante de Besarabia había traido caballos a la feria; un hombre todo bigotes: bigote en el labio, bigote en las sienes, bigotes por todas partes y los ojos chorreando aceite. Esto vejó a un mercader: piense usted, un desgraciado Besarabiense, un Bohemio. Y luego, estos bigotes que brotan a troche y mochel Resolvió comprar los caballos. Eran cuatro y el Besarbiense pidió un precio vertiginoso. El mercader pagó la suma, luego saca el revólver y pan! pan! pan! pan! derriba las cuatro bestias. Para que el Bohemio se diera cuenta...

Una noche se resuelve ir a comer a los baños. Caviar, champaña... Los convidados están desnudos, velludos, panzudos, parecen faunos... A las tres de la mañana, se van en tropel a tocar las campanas de la iglesia. Algazara; los habitantes despiertan... los señores mercaderes se divierten...

Una vez fueron a pescar desnudos. A la vista de todos, se amontonaron en una canoa y se pusieron a pescar. Los detuvieron. Las mujeres sabían de antemano: cuando el esposo desaparecía se presentaban directamente a la comisaría. ¿Fulano está allí? Ningún error posible: el desaparecido se encontraba siempre en la comisaría.

Durante la feria se hacía venir policía de Moscú y de Petrogrado. Los lugares no eran seguros. Hay lagos en la comarca; cuando el hielo se derretía, algunos cadáveres subían a la superficie. Una vez mataron a dos Armenios y los echaron debajo del hielo después de haberlos amarrado espalda contra espalda con alambre. En la primavera, sobrenadaron. Los he visto. Era cosa de no entender nada: un cadáver bogaba casi en el aire; en cuanto al otro, no se le veía, estaba debajo del agua. Sacaron los cadáveres dándoles vuelta, y se notó una cara distinta. El segundo.

Habia un periodista, Pastoukhov que acababa de publicar una hoja en Nijni durante la feria. Un día pescaba en el rio. En la otra ribera un muchacho remedaba los ademanes del pescador. Pastoukhov sacó su revólver paul mató al muchacho. Pues bien, una muerte debe someterse al tribunal. Se sentenció al periodista. Y se terminó por hacer amonestaciones al padre de la víctima por haber educado tan mal a su hijo: ¿acaso es permitido remedar a hombres tan influyentes? Pastoukhov se libró con una penitencia eclesiástica. Pena que no se tomaba bien en serio.

Yo también, he sido juzgado por la Iglesia, por tentativa de suicidio; ésto era castigado por el Código. Me llevan, y el sacerdote me dice: «Pues bien, Dios te dió la vida, y tú, ¿qué haces?

Yo tenia sólo 18 años, era arrogante, y les amenacé con colgarme a la puerta de la Iglesia. Me excomulgaron por siete años. Durante siete años, prohibición de casarme, prohibición de morir. No he muerto y me he casado, palabra de honor! el mismo dia...

El Zar

Nicolas II, lo he visto tres veces, un dia, varias horas seguidas. He caminado detrás de él en la feria de Nijni. Había venido para la inauguración; se paseaba, miraba. Un hombre azul-gris, de ojos azulados, de pequeña estatura. A su lado, Witte, una cabeza grande, piés enormes, el paso pesado. Detrás el séquito. El zar se detiene para encender un cigarrillo, bota el fósforo al suelo, un cortesano se precipita, recoge el pedazo de madera y lo esconde cuidadosamente dentro de su bolsillo. Tocan las campanas, silban las locomotoras, corren los caballos y aúlla el público. Habían traído desde Moscú tres mil pereonas que fueron colocadas en el sitio por donde pasó Nicolás. En comparación con todo ésto, con la feria, ¡el zar parecía pequeño... y fastidioso. Witte era más grande de una cabeza, más inteligente, el más inteligente de todos, un bribón, pero un bribón inteligente... Lo que extrañaba en Nicolás, era la crueldad mezclada con la tontería. Ningún amigo, ni uno sólo. Su palacio de Tsarkoie, un interior de pequeño burgués. ¡Y su diario! Semejantes acontecimientos, la dinastía cruje, él es el jefe de la dinastía, y no hace más que observar los cambios de tiempo: ayer el tiempo era así hoy es así... ¿Cómo podían existir semejantes hombres? En la feria había una mujer extraordinaria, Orina Fedossova, que recitaba cuentos populares y «bylinas». Se sabia de memoria treinta mil versos, más que la Iliada .Si el zar la hubiese oído para ver que personajes excepcionales habia en su imperio. Pero nó, nada....

La inmensa fuerza de nuestro pueblo antes no encontraba aplicación. Hoy dia, se manifiesta. Durante la guerra civil.

Los partidarios. No soy muy aficionado a los partidarios. Pero hubo verdaderamente prodigios de valor y de ingeniosidad. Otra cosa que en la Vendée. Hazañas. Un destacamento campesino ha pasado veinticuatro veces de los rojos a los blancos, de los polacos a los Tchecos, defendiendo su distrito... Un gran pueblo, no formado hasta el final, no formado interiormente, anarquista. Lo que no se comprende es que Lenin haya salvado a Rusia de un saqueo por los campesinos. El campo iba contra las ciudades...

HOY

...Creo que hoy en el extranjero nos conocen tan mal como antes de la Revolución... He pasado en la Unión el verano de 1930 y el verano de 1931. Lo que más me ha impresionado en U.R.S.S. la última vez, después de un año de ausencia, es el desarrollo milagroso de las fuerzas intelectuales. Un estado de ánimo firme, tranquilo. He ido al Politburo, al Comité Central. No soy miembro del partido, fuí así no más de simple mirón. Hé visto a obreros que son hombres de Estado. Saben mucho y aprenden. Todo el mundo aprende. La aldea emigra a las ciudades. Le hacen a uno preguntas: ¿como? ¿por qué? ¿dónde? En un tono exigente. Los hombres han sentido el derecho de exigir: ¡danos! No quieren vivir más en la aldea. En las isbas. Y teatros. Cinematógrafos. Hombres extraordinarios. Sobre todo entre los jóvenes. Consumiéndose por la cariosidad, por el deseo de aprender.

La juventud

Un dia, por ejemplo—y ésto no es una excepción—recibo una carta de Nikolsk-Oussourisk, sí de Nikolsk Oussourisk, del Extremo-Oriente... Una jovencita que me escribe, la hija de una intitutriz. Ha leido todos los libros que habia en la ciudad, no tiene nada más que leer. En un sólo año ha

leido quinientos volúmenes. Una joven de quince años. Al principio yo dudaba de que fuera tan joven. Le contesté que si, verdaderamente había leido quinientos volúmenes, era muy tonta de su parte. Y que debía de venir a estudiar a Moscú. Vino. No bonita, sólida: anteojos redondos. Quince años, efectivamente. Cuanto ha podido Gorki vejarme, dijo, no creyó que he leido quinientos libros. Sin embargo, era cierto. Sabia muchas cosas y preguntaba con respecto a todo: se sentía el derecho de hacer preguntas. Se había informado mucho sobre la historia de las religiones. Había leido a los padres de la Iglesia, la Biblia. Una memoria excepcional: citaba todo de memeria. Encontró a V... el especialista de la literatura francesa, y, imagine usted le ha probado que ignoraba la biografía de George Sand. ¿Cómo lo sabe usted? Había leido a Karenine. Sabía que Karenine es la hermana de Stassov, ella sabia todo...Le confiaron trabajo por encima de la cabeza: guiar las excursiones a traves de los museos, ocuparse de los pioners. Trabajó tanto que tuvieron que enviarla a un sanatorio...

O bien aún, ese muchacho, Maximov. A los17 años; había terminado el Instituto Pedagógico—no sé como se las había arreglado. Lo nombraron instructor en Siberia, en el distrito de Ichim. Una región poblada de hombres rudos, de viejos creyentes. La escuela había sido destruida durante la guerra civil.

—No cuente con vivir entre nosotros, le dijeron, y además no van a reconstruir la escuela.

Vióse obligado a pasar la noche en un establo. Poco a poco reunió a los jóvenes y principió los cursos. A pesar de los parientes, de los golpes, etc. Más tarde lo mandaron a Moscú. Protestó: «Ya conozco todo ésto, en cuanto a lo demás, lo aprenderé en los libros.» Y se volvió a enseñar.

Tenemos una amiga, en Chore. Es una poblada cerca de Oirates, en la Oiracia, cerca de le frontera China. Donde nace el Ienissei. Es siguiendo el Ienissei que

Alma se fugó. a la edad de catorce años, con una amiga. Un cuerpo firme, una cara larga, mejillas hasta allí, ojos negros. Actualmente enseña a ingenieros, el materialismo dialéctico.

Hombres nuevos

Hay otra, Galina Grekova, una obrera agrícola del Kuban. Había huido durante la guerra civil. Su esposo, un Cosaco, se había quedado con los blancos, mientras que ella era roja. Ahora, ella es profesora de filosofía en la universidad de Tachkent. Un buen día, sintió deseos de ir a su pueblo. Había dejado una hermana, una kolkhoziana. Llega a su aldea, todo el mundo la mira. La habían conocido como simple campesina; desde la edad de diez años había hecho de niñera. Y hela aquí que vuelve como profesora de filosofía Su antiguo esposo llega con su nueva esposa y oye los relatos de Galina, luego dice a su compañera: «Tú, ándate, me quedo con ella». No sabían como deshacerse de él: era capaz de degollar a todo el mundo. Galina se encerró por toda la noche y se marchó al alba...

La vida se ha vuelto interesante. Se tiene el gusto de la aventura. Había un tal Pavlovaski. Al fin se aprende: trabaja en la telegrafía inalámbrica en una isla, en el medio del océano ártico. Allí escribe versos... Otro se fué a vivir en la península de Kolym, en Siberia, más allá del círculo polar, y conoce la comarca como la aldea en que nació... La gente se interesa por todo... Un día asistí a una reunión en Bakú. había cerca de 500 personas. Se hablaba de literatura. De repente alguien se levanta y pregunta:

—Díganme, ¿la traducción rusa de Rabelais no es integral?

—Nó, no es integral.

—¿No habría medio de conseguir las obras de Rabelais en francés? ¿Una edición de su época, una del siglo diez y ocho y otra de nuestra época?

—Es posible, dije. ¿Pero para qué?

Resulta que algunas personas habían organizado en Bakú un círculo para el estudio de Rabelais. Esa gente había aprendido el francés. Ud. ve eso en Bakú.

Como esta mujer, una simple campesina que, a los 54 años aprendió a leer y a los 68, escribió un libro. Un libro grueso de más de 300 páginas, aterrador en algunas partes... Eso lo leen, sobre todo las jóvenes en los campos, que no saben nada del pasado. Se está sacando la tercera edición del libro...

Los libros

Todo el mundo lee. Los libros se agotan el mismo día en que se ponen en venta. Ud. llega al día siguiente donde el librero: demasiado tarde. Uno de los fenómenos más tristes de estos años, es la falta de papel. Se ha construido una gran fábrica de papel en Balakihna, otra en Kondopoga, en el Norte, otras aún. Pero ¿acaso pueda bastar eso?

Se utilizan los papeles viejos. Los libros y los archivos de los bancos, las publicaciones de los ministerios zaristas-casas enteras de ediciones son destruidas! ¿Y después? Piense Ud. en 1931, los diarios soviéticos imprimían 27 millones y medio por día. Este año se debe llegar a 36 millones. si se encuentra papel. La «Gaceta Campesina» saca tres millones y medio. Existe un diario para los que acaban de aprender a leer. Se ha calculado que se necesitaba medio millón diario; en realidad, se saca menos de la mitad. ¿Ud. conoce el «U.R.S.S. en construcción»? Se tiene pedidos por 175 mil ejemplares. No se alcanzará a proporcionar cien mil. Para los libros, es lo mismo. Las Ediciones del Estado, desde que existen, han publicado las obras de Tolstoi a 6 millones de ejemplares, Es Tolstoi el más leido. Después viene Puchkine, Dostoievski... Las traducciones igualmente. Un Zola muy bonito, con notas muy interesantes. Tiruje: siete mil. Agotado. Un Stendhal ilustrado. Una edición de lujo de las

«Mil y una noches» en una nueva traducción. Diez mil ejemplares. Es una rareza bibliográfica. Se ha traducido a todo Goethe, a todo Balzac: los manuscritos están allí, listos. Imposible de publicarlos por falta de papel. Este invierno se saca en Leningrado las obras seleccionadas de Valery- diez mil ejemplares a lo menos. Ahora, se sacan en seguida 25 a 50 mil. Cinco mil ejemplares, ésto no responde a nada... Envío constantemente paquetes de libros a las bibliotecas, a particulares. Tan pronto se me pide un diccionario, obras sobre el Renacimiento, como una monografía... He hecho un llamado a los «Izvestia». Ud. sabe que en nuestro país ciertos hombres políticos tienen derecho de oficio a todos los libros que salen. Se les envían las listas, y hacen su elección. Así se constituyen bibliotecas que los dueños no tienen siempre tiempo de consultar. Pues bien: les propuse que remitieran sus libros a las bibliotecas de los Kolkhoses. Pero ésto no es gran cosa. Es papel; papel el que necesitamos...

Los niños abandonados

Se encuentran tipos extraordinarios entre los antiguos niños abandonados. Actualmente son sobretodo ex-criminales. Se ha hecho una selección natural. Los hijos de alcohólicos, de sifilíticos han muerto vagabundeando, viajando bajo los trenes. Los más fuertes han sobrevivido. El año pasado visité sus colonias. Hay una situada en el lugar donde fué enterrado el asesino de Lermontov, Martynov. Un conferenciante vino un día a hablar a los niños de Lermontov. Al día siguiente desenterraron el esqueleto de Martynov y lo colgaron... Había en esta colonia un muchacho, Lionka, una celebridad local. Todo el mundo lo conocía. Tenía nueve años y vagabundeaba desde la edad de seis. Un día, estábamos en el peldaño de la puerta, un grupo de siete u ocho personas. Aparece Lionka. Pasa con un aire de independencia, sin gratificarnos con una mirada. Le preguntan:

—¿Lionka, desde cuando has vuelto?
—Tres días.
—¿De dónde vienes?
—De Tashkent.
—¿Te vas luego?
—No sé; voy a ver.

Estuve en otra colonia cerca de Moscú. Son mil quinientos. Han aprendido a fabricar artículos de sport. Han obtenido el primer premio en Londres por sus raquetas de tennis, piense Ud! Hay poetas entre ellos, un escritor. No malo. Todo el mundo trabaja. He encontrado allí a un tal Alexei P... un ladrón especializado en la fractura de las cajas fuertes. Un hombre de edad. Cabeza calva, barba roja. Un hombre instruido en literatura, un hombre instruido en filosofía. Un ladrón célebre: había «trabajado» en Varsovia, en Paris. Le pregunto:

—¿Cómo hizo Ud. para instruirse? Con su género de vida no debía usted tener mucho tiempo libre.

—¿Por qué? contestó. Yo vivía solo con mi mujer, teníamos un departamento, libres. Íbamos a los conciertos, al teatro. De vez en cuando, recibía un telegrama. De Paris, por ejemplo. Allá iba, hacía mi trabajo, cobraba mi parte y vivía tranquilamente dos o tres meses.

Ahora está en la colonia y se ocupa del trabajo cultural. Allí, he asistido a una fiesta: la colonia habia ejecutado su plan de producción antes de la fecha. En esta ocasión, se habia restituido a algunos miembros sus derechos civiles, otros recibieron recompensas, Alexei P... figura entre ellos. Se levanta para hablar.

—He sido ladrón, dice.

Su voz lo traiciona.

—He sido ladrón...

Y no pudo continuar....

Fotografías

Gorki va a ocultar su emoción en su gabinete de trabajo. Vuelve al cabo de un instante, con un legajo de fotografías en la mano. «La colonia de...» He aquí al antiguo ladrón. Talleres donde adolescentes trabajan gravemente en largas mesas. «Veladas de recuerdos»: bandidos, prostitutas, incendiarios de ayer, hoy día obreros de choque, contando sus años de vagabundos. Una multitud de niños rodeando a Gorki, la cabeza cubierta con un fieltro blanco, las manos hundidas en los bolsillos del sobretodo. Otras fotos aún. La nueva ciudad obrera de Bakú. Las recientes construcciones de Moscú. El puerto de Leningrado ensanchado y modernizado. Y también, imágenes de Nijni-Novgorod, del tiempo en que Gorki, mozo, vendía calzado e iconos, amazaba en una panadería, vigilaba un taller; más tarde cuando seguía al »hombre gris-azul» a traves de la gran feria en donde los mercaderes enloquecidos de tedio, imponian a las mujeres baños y a los caballos bebidas de champaña; luego, Nijni 1931, con la central electrica, muy cerca, abasteciendo la región entera en corriente, con su fábrica de autos pudiendo producir 200 mil coches al año, con sus ciudades obreras, sus bibliotecas, su juventud...

(Conversaciones de Máximo Gorki
recogidas por Vladimir Pozner).

"cuentos chinos"

el culto de los antepasados.

O ERIDBERG.—Los Cuentos Chinos son su primera obra literaria. Ellos relatan los acontecimientos revolucionarios que se desarrollan actualmente en China

Erdberg no es un escritor profesional. Sus cuentos han sido escritos bajo la impresión directa de lo que él mismo ha visto en China.

Es después de mediodia, los rayos oblicuos del sol se desparraman en los hilos telegráficos, cuando nuestro «tren de agitación» llega a la estación de Sen-E. A mis ojos se presenta de nuevo el cuadro bien conocido: una estación miserable y sucia, grupos de soldados harapientos, campesinos hambrientos y semi-desnudos, con sombreros de paja; en fin, todo el país desarrapado, con su belleza humillada e inspiradora. Como un leproso sobre el gran camino, él estaba ahí inmóvil, la maldición y la oración en los labios.

El pequeño Li, o como nosotros le llamábamos, el Renacuajo, que la Oficina de cargadores de Hankeou habia enviado para hacer la agitación entre los niños, me dijo:

—El tren se detendrá aquí toda la noche. Voy a la aldea y volveré al despuntar el dia.

Le pedí que no se atrasara: habría en la mañana un gran mitin en la estación y yo quería que hiciera uso de la palabra ante la juventud.

—Esté sin cuidado. Estaré aquí al alba.

La víspera, cuando nuestro tren estuvo en Siam Tan el Re-

nacuajo me condujo al Club de los Camineros, que se guarecía a la sombra de un hangar de bambúes detrás de los edificios de la estación. Este Club se componía de un patiecito y de un solo cuarto amoblado con largos bancos. Todo el muro estaba cubierto con retratos de los obreros fusilados por Ou-Pei Fu en febrero de 1923, durante la represión de la huelga de los ferroviarios. Los gestos de los mártires apasionados, penetrantes aparecían en las fotografías, ennegrecidos. Algunas habían sido tomadas cuando vivían y las otras después de la ejecución: tenían entonces los gestos petrificados, las frentes partidas en dos, ensangrentadas.

En este Panteón de los primeros héroes de la revolución obrera china, el Renacuajo me mostró a su padre: un hombre de unos 23 años, con blusa de mecánico, sombrero de grandes alas echado sobre la nuca, la mirada concentrada en una faz inmóvil, de piedra. Fué muerto en el momento en que trataba de poner en movimiento una locomotora destinada a trasportar a los huelguistas ya detenidos. El matador, un oficial de Ou-Pei-Fu, llegó enseguida al camarote del mecánico y le dijo al Renacuajo:

—Tu padre era un bandido. Si tú sigues sus pasos correrás su misma suerte y entonces no habrá ninguna persona que se se ocupe de las almas de tus antepasados.

El Renacuajo tenía entonces once años. Pero tuvo bastante espíritu para responder:

—Me esforzaré en pagar los deberes de la piedad filial.

El Renacuajo me dijo que los niños de cincuenta obreros ejecutados en febrero estaban ahí mismo, en la escuela de Sian-Ian. Esta escuela había sido abierta con los fondos del sindicato de camineros. Su hermano mayor, que trabjaba en el ferrocarril, se lo había dicho.

—Somos todos comunistas. El partido de Sun-Yat-sen es bueno para los oficiales y comerciantes. *El partido de Lenin es el nuestro...* Y me mostró la insignia de los jóvenes comunistas disimulada en los pliegues de su camisa.

Pasé el resto de la tarde preparando el mitin del día siguiente. Era preciso advertir a los campesinos de las aldeas vecinas, preparar los oradores, lanzar los volantes impresos en nuestra imprenta de campaña. En la tarde llegaron del Norte en un birlocho, dos camineros que contaron que había pendencia en la región de Ma-Tchang; los Lanzas Rojas habían saqueado la Oficina del Monopolio del Opio y corría el rumor que querían romper la línea férrea,

En la noche, mientras estábamos en la vía del ferrocarril, un tren con tropas pasó muy cerca de nosotros. El aire estaba pesado como antes de la lluvia; no subí a dormir a mi carro, pues el techo de calamina se había caldeado al rojo blanco con los rayos implacables del sol.

Se sentía claramente la proximidad de la lluvia. El telegrafista, en su casucha vacía, recibía sin interrupción despachos alarmantes que trasmitía a Hankeou. Los soldados desarrapados recojían con apresuramiento sus paquetes y se dirijían a pie a lo largo de la vía, hacia el Sur. La estación se vaciaba. Los pasos de las patrullas resonaban en el silencio de la noche, como el tic-tac de un péndulo que anunciara la llegada de lo inevitable.

Yacía a cien pasos, en las tinieblas a lo largo del terraplen de la vía férrea, mirando las estrellas que brillaban en un cielo negro sin nubes. Jamás me había sentido tan abatido. Contemplando el firmamento recordé la leyenda china de la creación del cielo,

El cielo y la tierra formaban un todo. El término se acercaba, el cielo dió a luz un hijo, Pan-Gou, qué fué el primer hombre, el hijo del cielo. Vivió largos años y cuando murió, su respiración se trasformó en viento, su voz en trueno, su ojo izquierdo en el sol, el derecho en la luna, su tronco en los cuatro puntos cardinales, su sangre el agua, su cuerpo en la noche, sus cabellos fueron las estrellas, sus dientes y sus huesos los metales, su cerebro las piedras preciosas, y por fin, *de los insectos que cubrían su cuerpo vinieron los hombres...*

Escupí. Los piojos son los compañeros de la miseria y por consiguiente, los centenares de millones de campesinos chinos: estos últimos han retornado a su origen!

¿Qué hacen estos millones de desgraciados? Una serie interminable de siglos de esclavitud y de miseria abruma con su peso inmenso sus espaldas encorbadas. Aquí, en el Norte de Houbei y en el Hénan ligan su suerte a los Lanzas Rojas libertadores. Van contra todos los ejércitos vengan de donde vengan y sean las que fueren las fórmulas escritas de sus uniformes: los cantoneses, de pequeña talla. con las estrellas de Kuomintang, las gentes del Norte con los pómulos salientes, bajo la cucarda de los cinco colores, todos son iguales, extranjeros y hostiles. Armados de cuchillos y viejos fusiles del tiempo de los Taipings creen defender sus aldeas contra las generaciones rivales, que en quince años han llegado a transformar en tristes cementerios sus campos que en otros tiempos denominaban »la flor del medio» por su abundancia y fertilidad. En realidad, desunidos e ignorantes no son capaces de defender sus hogares y se dejan explotar inconscientemente tanto por un general como por otro. Hoy dia son los oficiales de Ou-Pei-Fu que los explotan y sostienen una lucha dasigual contra las tropas del Kuomintang. Mañana los instructores del Kuomintang los agruparán contra Ou-Pei-Fu. Y en la espectativa del Salvador místico que debe venir de Kuouen Lun, ellos arrojan las castañas de fuego para todos los generales. Y bajo esta impresión, estos generales, antes de irse los fusilan por millares y queman sus aldeas. ¿Qué pueden hacer estos infelices? ¿Quién, pues, devolverá sus miradas a los montes de Kuouen Lun a traves del Club de los Camineros de Sian-ian?

La noche estaba silenciosa, las estrellas realizaban su revolución en las alturas infinitas, el aire inmóvil y caliente al blanco me quemaba las mejillas... Fuí al carro, encendí la candela y me puse a leer traducciones de viejos libros. Ho-

jeaba las páginas amarillentas; la vieja sabiduría calma y conforta. Medio adormilado, leí:

—Hay tres pecados imperdonables y el más grande es el pecado contra la piedad filial.

En la mañana los campesinos de las aldeas vecinas se reunieron alrededor del tren, rápidamente. Nos apresuramos a dar comienzo al mitin para aprovechar la frescura. Observando los gestos de los oyentes, mientras hablaban los oradores, yo no notaba más que desconfianza, fatiga y curiosidad. Un muro impenetrable nos separaba... De un lado nosotros, gente de la ciudad, donde vive el gran propietario y de donde vienen las tropas y los tejidos extranjeros. Al otro, estaban ellos, algunas gotas del inmenso océano campesino de miseria y esclavitud. Esta muralla invisible de la ciudad nos separaba de las olas agitadas del mar campesino. Los discursos fueron impotentes para abrir una brecha.

Estaba sumergido en estas reflexiones, cuando vimos todos descender de la montaña un grupo de campesinos que traía una camilla cubierta con una tela azul. A pasos lentos se acercaron al lugar del mitin, depositaron en silencio su fardo y uno de ellos, un viejo de cabellos grises subió sobre el banco que servía de tribuna. Cinco de sus compañeros armados de viejos fusiles le rodearon. Dos levantaron la camilla a la altura de las cabezas, el viejo arrancó la tela azul y vimos a nuestro pequeño Li, con una rodilla ensangrentada sobre el cráneo, pálido, grasiento, e inmóvil. Sus ojos estaban cerrados y sus mandíbulas apretadas convulsivamente. El viejo se volvió hacia la multitud, demudada e inquieta, y lanzó con voz brutal estas frases fragmentadas:

—Hermanos! Somos los Lanzas Rojas de Ma-Tchan. El joven camarada Li había venido esta noche a hablarnos de los obreros de las ciudades... Mientras estábamos reunidos para recitar la plegaria al gran maestro de Kuouen-Lun, el vió a nuestro sacerdote Kouan y dijo: Este hombre, hace cuatro años, mató a mi padre... Juré cumplir el deber de la

piedad filial. Vuestro sacerdote no nos trae la doctrina de Kouen-Lun sino la de Ou-Pei Fou. Es un oficial y sus manos están mojadas en la sangre de vuestros hermanos y de los nuestros... Sin dejarlo terminar Kouan sacó su revólver y le disparó en la misma capilla. Entonces yo me dije, si el muchacho tiene la razón este hombre merece la muerte, pero si él ha mentido la muerte no puede tocar a nuestro sacerdote, ya que si ha cumplido todos los ritos, no temerá ni balas, ni bayonetas, ni flechas. El cuerpo de los verdaderos Lanzas Rojas es impenetrable a la muerte. Por ésto descargué hacia el sillón y sobre su cráneo toda la carga de mi revolver. Murió como un perro. Sobre su sillón encontramos una órden de su estado mayor llena de odio para nosotros y de astucia diabólica. Entonces decidimos traer aquí el cuerpo del pequeño Li para preguntarles: ¿cómo podríamos nosotros también sacar de la fuente de vuestra doctrina, la ciencia y la astucia que os conducen al combate y os dan la victoria?

Vi entonces destacarse de las primeras filas de la multitud que nos rodeaba en un cordón apretado, un joven obrero que reteniendo la respiración gritó:

—Al Club de los Camineros de Sian-ian!

Las lágrimas lo ahogaban. Anhelante y temblando rompió todavía una vez mas la calma matinal con su grito enronquecido:

—A casa de los camineros de Sian-ian.

Y se tumbó sobre la camilla. Era el hermano mayor de Li.

O. Erdberg.

(Traducción para «Cuadernos de Literatura Proletaria» de Iués Villanueva y Julio Walton).

[redacted]

estampas rusas

Matief Paulchenko.

Matief Paulchenko, narra Juan Babel en la Caballería Roja, era un *mujik*, uno igual a los tantos millones de hombres cuadrados de las estepas. Apacentaba chanchos en un rosario de días iguales, en que, el fatalismo ponía montañas de suavidades. Un día Matief tuvo un ascenso: su patrón Nikitinski le hizo cuidador de vacas. El canto monorritmico de su existencia siguió igual, bebiendo leche y masticando ensueños con trozos de luna. Envuelto en la sábana blanca de las estepas, su carne la entibiaba con leños encendidos y decía serenamente: «la libertad radica en los campos».

Pero un día pasó por los tranquilos poisajes de su corazón el alma femenina de Nastia, joven campesina con sabor a leche y con los ojos llenos de trigales maduros. A la ofrenda de amor de Nastia, Matief arguyó. «No tengo nada que contestarte. Mi cabeza no es ninguna escopeta, ni tiene mira para apuntar, pero tú conoces mi corazón».

Y Matief y Nastia se casaron; pero, entonces, sobre la Rusia helada, silbaba el látigo del papacito zar. Su patrón Nikitinski quería doblegar bajo su amoción lujuriosa la dorada fruta campesina de Nastia. Matief se interpuso entonces, rebelándose como un hombre; pero un minuto después, su altud milenaria del alma moscovita. Matief le dice entonces ma estaba de rodillas, galopando sobre su corazón la esclavique ha de partir sin su hembra y solo pide su salario, ¿salario? y Nikitinski, baila una zarabanda de puntapiés sobre el cuerpo del *mujik*.

Como han cambiado los días desde entonces. Matief, impulsado como un bólido por la revolución proletaria, es general del ejército rojo y descansa con él, en las afueras de la ha-

cienda de Nikitinski. Abandona su división y corta como flecha los caminos hasta encontrarse frente a frente a él. Matief trae la cara empolvada y las grietas cubiertas de sudor. El señor Nikitinski quiebra la espina dorsal y pone miseria en sus frases.

¿Han llegado los campesinos hasta ellos, el general levanta la voz y dice que viene a cobrar una cuenta, que desde muchos años le ha llenado de sangre las mejillas y que le persigue infatigablemente. Sus mejillas han estado siempre rojas de vergüenza y de dolor, porque le fué robada su Nastia. En las lujurias de las danzas, en las noches lunadas de su piedad, a las sombras de sus borrascas, en el precipicio de su amor desgajado, siempre y a cada instante, sus mejillas han estado eurojecidas....

Después de su discurso, ha tomado al viejo entre sus manos y como aquel otro paisaje, en que Nikitinski danzara sobre su cuerpo, él ha ascendido sobre una tarima de carne y con la dura suela de los calzados militares, ha principiado a danzar rítmicamente, sin apresuramientos, alargando los minutos de gozo, danza larga y tétrica; danza de minutos y horas, con una endemoniada liturgia de voluptuosidad.

Y cuando el señor Nikitinski ha muerto, afirmado todavía en las carnes machacadas y frescas en estertores, la piedad ha golpeado como un gong sobre su corazón y en mitad de la orquesta trágica, como si hablara con un extraño amigo interior, le ha dicho: «tampoco ya tengo compasión conmigo mismo y muchas veces me bato con el enemigo una hora o más, pues quisiera saber a toda costa, que es lo que el hombra lleva dentro».

El Ballet

En los Teatros de Invierno de Europa, han danzado los blancos copos de nieve de la Rusia Soviética su gran *ballet*, humorada perfumada de samovar, mirinaque de tristeza que

ondula en fantasías, haciendo vaporosos los sentimientos, elevándolos a esa isla frágil y profunda, en donde Dostoyeuski, con su alma clavada en cruz, escribiera sus sonatas fantásticas.

El *ballet* ruso hace danzar a las mujeres como trompos de rasos blancos y danzan también los decorados y los besos que se resbalan por sus cuerpos frágiles. Los hombres son troikas, deslizándose por las esplanadas blancas de las estepas, perseguidos por una canción erótica, liviana y perfumada de azul, llevando en los brazos cargamentos de pétalos y sobre las pupilas, un mundo que danza también, envolviendo sus alegrías y tristezas en un canto movible en *carrousel*.

A veces la danza se detiene en un punto de espera, con quietudes de cisne, clavándose perezosamente en el cristal del agua.

Los danzantes rusos, con máscaras de colores, *troupe* de gimnastas, plasman joyas de carnes, abriendo exposiciones de cuadros con figuras ricas de gamas, movilizando la inquietud anatómica en un crepúsculo de movimientos rápidos.

Estos versos movibles, desglosados de estuches milenarios, siguen triunfando en Europa, porque dilapidan la belleza de la línea en tubos de perfumes. Detrás de esas arquitecturas de voluptuosidades, está el animador deStrawinsky o Rimsky Korsakoff, sus músicas encantadas que mueven los árboles cansados de las etepas o acompañan a la luna, con sus parpadeos de plata. Esta música moviliza a los danzantes y le roba a los campos el rápido paso de trineo de los zorros plateados, que cargan sobre los lomos, espejos de ríos y capta también los bárbaros ruidos de los vientos psicológicos, que desintegran la sociedad en pautas trágicas. Es la pantomima idealizada, estilizada, que asciende y desciende sobre montañas absurdas de vida, con paisajes de canciones de libertos y cadenas de esclavos.

El Soviet ruso, ha abierto de nuevo los amplios portalones de oro y de luz, de la Escuela Imperial de Danzas Rusas.

para desparramar en el mundo estas postales movibles, que traducen una época en supervivencia. Este *dixie* anatómico, en ritmos orgiásticos de líneas, sirve para revivir antiguos mosaicos palatinos, son como viejas vitrinas que muestran a los bárbaros guerreros y a las mujeres flexibles, dilapidando estampas de voluptuosidades por sus reyes. La danza así, es un tomo de la historia. Wagner buscó en ella sus temas de filigranas.

Y el mundo, viendo triunfar los *ballets* ha querido también nacionalizar sus danzas y ha ido a buscar a rincones olvidados del Africa ritmos coreográficos para robarles volutas de músculos, cautos de piernas, ojos desorbitados que se pegan a las matracas y a los palillos, en el concierto que se desprende de los tambores. Así William Baker, ha exportado a Europa, para nacionalizarlo, voces cantarinas de los habitantes de Obbo, versos monótonos, arrastrados, sonámbulos, pegados a la tierra, que exasperan después, hasta copiar gestos de fieras desbocadas, con hambres eróticas, batiendo salvajes poemas de bosques y cazas, en donde la carne humana se desgaja en los colmillos de los tigres y los leones.

Baker, para europeizar la danza y la música, la ha trasplantado sin duda a las fábricas, con ruidos de poleas y trozos de carnes que se desprenden de la áspera y salvaje lucha fabril.

El Sovietismo no ha querido olvidar que en su danza está la historia del pueblo y es por ello, que el *ballet*, es como un aperitivo, antes de los sones guerreros de la internacional.

Natacha Ivanovna

Natacha Ivanovna, en puntillas, con sus ojos aureolados de afectos celestes, le ofrecía canastillos de besos a su hijo Israel.

A las tres de la mañana, todos los días, al regresar del trabajo, lo esperaba en el umbral de la puerta y mientras le

servía la leche caliente, le repetía por cien mil ava vez la historia heroica de su padre Israel, que fué pisoteado como una estampilla por los cosacos y pegado después, sin vida, en las paredes de la fortaleza de Pedro y Pablo. ¡Ah! entonces, las Walkirias rojas no habían asolado la Rusia blanca, para vengar a los muertos.

Despectivamente oía a su madre y echaba al baúl de las cosas inútiles el sermón cuotidiano.

Israel era un filósofo. Había mirado el mundo desde la jardinera, esa alta tarima volátil, en donde movía el arco del violín. Su padre había sido ese severo mueble del Novogorod-Bar. Con sus ojos abiertos, miraba danzar las luces de colores, las balalaikas de sus compañeros y el arco de su violín, que pega a los hombres y a las mujere; los amarraba en una danza negra, desnuda, desbordante de frases sensuales, orgiásticas Cada paso era una invitación profana y se rompían todos los moldes, nivelando a los hombres y a las mujeres en un falansterio tolstoyano.

Cuando Israel tocaba el violín en el Novogorod Bar, la vieja Natacha, con los faroles apagados de sus ojos, con las cuencas llenas de brumas, cosía pieles y de cada trabajo, robaba un trocito. Y después de ocho meses de fatigas, pegada a la máquina de coser, había hecho una sobrecama de pieles, su sobrecama de pieles, que sería cambiada por un stradivarius. Ya podía morir tranquila. Su hijo Israel tenía un stradivarius y el Novogorod-Bar haría danzar a sus parejas con las armonías encerradas en el estuche de madera de su hijo.

Una noche Israel sintió que el Novogorod-Bar entraba a su corazón con sus lindas coquetas vestidas con las danzas de las luces, plenas de musicalidad, con la misma dulce y embriagante canción de los violines y balalaikas, y desesperado de motivos de amor, cambió su stradivarius por una fina cajetilla de goces femeniles.

La vieja Ivanovna, después de cinco semanas de fiebre, ha muerto asesinada por el stradivarius.

Israel al vender el violín de su madre, vendió sus ocho meses de fatiga, ocho meses pegada a la máquina de coser y a la esperanza de verle arriba, sobre la jardinera movible, aureoleado de luces, llenando los rincones del Novogorod-Bar, con el encanto misterioso de las notas desprendidas de esa caja musical.

Igor Stravinsky

Las muchedumbres rojas, con las desbocadas pasiones golpeando el viejo maderamen social de Rusia, se han detenido después en los grandes parques de la serenidad, templando sus almas en las sosegadas canciones de la música de Igor Stravinsky.

Nadie como él ha podido interpretar en sus pautas rojas las burbujas psicológicas de la Rusia Soviética, sus ojivas sentimentales, batidas por tambores guerreros y silbidos de látigo.

El autor de «Le Sacré du Printemps», le ha tomado a las fábricas sus quejidos de máquinas y a los labradores la mansa y estoica pandereta monocorde de todos los días. Pero, a la pradera cansada, le ha tomado también el ruido ensordecedor de los caballos, que abren surcos de sangre cuando suenan las epopeyas encendidas por las eclosiones de las palabras y de los gestos.

Los mítines de hombres, detenidos en las plazas, han cruzado sus almas, en meditación, al oir a Stravinsky y se han dejado adormilar por sus *ballets*, olvidando la troika ensangrentada de las estepas.

Esta música de izquierda le ha robado a los campos los mismos sones que vibraran en el corazón de Tolstoy y Dostoyeuski, sus giros endemoniados y febricentes, desorbitando los paisajes con bárbaras musicalidades, con choques de pasiones de ritmos de trenes expresos, rebotando sus ecos en formidables policromías de notas deshilachadas y enfermas.

El Soviet ha hecho editar lujosamente las obras del discípulo de Rimski Korsakof y por entre los giros eléctricos de los hombres, por entre los cálculos de producción de sus fábricas y por sobre sus montañas de cifras de la Babel industrial, asoma siempre el alma de Stravinsky, sus bombas musicales, sus pentagramas arrebatadores, arrobando a los hombres y elevándolos por sobre sus gigantescas construcciones, como si la vida fuera sólo un andamiaje y más arriba, estuviera el verdadero plano emotivo de la felicidad.

La sensualidad que llena de acordes todos los ideales humanizados, ha penetrado en esas fantasías musicales, descolgando sus carros de versos vaporosos y sus músicas de cascabeles de millones de voltios eróticos sentimentales.

Identificado con su época, sigue tras las muchedumbres y las detiene y las adormece, en el portal de las meditaciones.

Trotzki

Los hombres de este siglo materialista, se detienen en las estaciones por largos períodos para admirar sus héroes. Se les glorifica, se les pasea en las plazas envueltos en los acordes de cien bandas de músicos y clavan su nombre en todos los avisos luminosos. Entonces, de la alta tarima de la popularidad, el héroe nacional se exalta eróticamente: «mi amado pueblo», y un año después, dos años, tres, le vemos arriba de la carroza de la indiferencia, para ocupar un sitial en el cementerio del silencio.

León Trotzki, el héroe de ayer que ascendiera las escalinatas ducales del Kremlin, apoyado por los fusiles proletarios, pudo desde arriba, encender las estepas frías, con las dulces sonatas de las reivindicaciones. Y años después, bajaba y pasaba por un pabellón de bayonetas, caminando de prisa, sin detenerse, hasta llegar a la Siberia, a su amada Siberia zarista y saltar después, a las aguas tranquilas del Bósforo. E Zar rojo, Stalin el tártaro, burilado en nieve sobre ace-

ro, ocupaba ahora la banca de la ruleta revolucionaria soviética.

Pero Trotzki no es como los otros héroes, no se ha quedado mirando los caiques cortar las aguas tranquilas del Bósforo, arrellenado en los cojines del exilio. Nó. Sus labios siguen llenos de panfletos y su alma es un reloj, que marca en cada dia un minuto más de revolución. Su misma contextura enclenque, de tipógrafo tuberculoso, es un manifiesto de rebeldía, que huele a tinta y a revuelta. Sus anteojos parecen barricadas y sus cabellos lacios, echados al aire, son siempre banderolas desteñidas de los suburbios.

La vida de Trotzki no tiene límite. De Siberia a las cárceles. En las nieves, fué encontrado sin vida por un mujik. Como un aereolito encendido llega a Zurich, Basilea, Paris... Los boulevares se encendían entónces de orquestas guerreras, las mismas luces de las vitrinas movían histéricamente a las mujeres, para empujarlas a la muerte heroica. Escribe y con Hervé, desafía a la burguesía, llenando las calles con gritos de rebelión. El Tigre Clemenceau le toma entre sus garras y por Irum, le introduce a España, hasta caer en el café Japonés, en donde, entre una y otra taza de café mira el mundo, salpicando de odio sus anteojos. España le dispara después a Estados Unidos y desde Manhattam, oye la voz de Kerenski, que se quiebra en ondulaciones dantonianas, con recortes ridículos de la revolución francesa. Y también oyó las voces de los mujiks, que buscaban en los gallineros políticos y sindicalistas, a su nuevo Zar. Perseguido por la voluptuosidad de las barricadas, se embarca para Yokoama, salta Vladivostok y desde allí, penetra al Palacio de Invierno con Lenin, en un ensordecedor crepúsculo de ruidos, músicas de bombas y cureñas que desflocaron canciones de acero y de sangre.

Y hoy .. (la historia sigue hasta lo infinito).

Gorki

El autor de «Tomás Gordeief». Máximo Gorki, sigue aprisionado en los tentáculos del frío. El frío ha clavado sus agujas en su cuerpo sexagenario y Rusia Soviética, ha querido entonces guardarle en palacios de sedas, envuelto en estufas principescas en el castillo señorial de Crimea, hospital de Invierno, lleno de soles artificiales en donde viviera ese poderoso monarca el Conde Vorontsoff Dachkiff.

Pero, ha preferido el sol abierto de Italia, para captar el mediterráneo y lavar sus ojos lleno de eléctricos matices, en sus aguas livianas, movidas por millones de espejos.

Gorki ama la vida sencilla, sin complicaciones de laboratorios de civilizados. No ha querido vestirse de seda, usar una corte de servidores y beber champagne, cuando ciento sesenta millones de hombres, hacen un mundo con sus espaldas, construyenle nuevo ante la estupefacción de todas las razas derrotadas.

Al partir, las lindas Katias, las sencillas Katushas, y las tragicas Nadeshas, con ojeras de inquietudes, pedian a Gorki desde la Revista «Rabotchaia Moskwa» que no abandonara a sus hermanos de las fábricas y de los campos. El artista vagabundo contestó: «Me dicen que abandone mi villa de Italia. No tengo ningun villa. No poseo, ni pienso poseer jamás ninguna propiedad inmueble».

Y así Gorki, ha querido ser siempre un «zosiak», un desarrapado, es por ello que volvió a Rusia en verano para laborar la tierra con sus antiguos patrones, el judío pobre Tavka, del pueblo de Jerson y como ayer, anduvo por entre las patas de los caballos, calzando viejas botas y comiendo pan negro.

GREGORIO GUERRA.

literatura norte americana

El primer linchamiento

Por Carlos Augusto Sandburg (*)
(Versión de Gabino A. Palma)

Dos Cristos fueron los del Gólgota.
Uno tomó el vinagre mientras otro lo contemplaba.
Uno quedó en la cruz; otro entre la multitud.
A uno le arrancaron las uñas de sus manos; otro con sus fuertes dedos empuñó el martillo para arrancar las uñas.
Hubo muchos más Cristos en el Gólgota, muchos más buenos ladrones, muchos más, muchos más entre la multitud que aullaba con la voz judía:
¡Crucificadlo! ¡Crucificadlo!
El Cristo qus ellos crucificaron y el Cristo que ellos no crucificaron, fueron los dos Cristos que hubo en el Gólgota.

Piedad, piedad para los huesos de estos tobillos hechos pedazos!
¡Piedad, piedad para estas manos taladradas!
Los brazos de la madre permanecen fuertes hasta el fin.
Ella lo sostiene y cuenta las gotas que caen de su corazón.

El olor de los sueños estaba con él.
Las injusticias de los sueños yacieron en sus ojos.

Las canciones de los sueños se entretejieron en su voz.
Los enemigos de los sueños odiaron su corazón hecho de
sueños.

Las hojas de un árbol de la montaña,

las hojas, se estremecieron con la luz de una estrella tejedora
Las rocas con un canto del agua, del agua.
El halcón, con un ojo hacia la muerte, en cualquier tiempo,
en cualquier tiempo.
El olor y el imperio de todas estas cosas estuvieron en sus
mangas, estuvieron en las ventanas de su nariz y en sus
palabras.
Sobre el montañés rústico vive el soñador que ellos mismos
asesinaron

(*) «Imaginistas» como Amy Lowell y poetas tan grandes como Carlos Augusto Sandburg nos entregan una poesía en que si ciertamente la técnica tiene íntimo parentesco con las últimas modas literarias de Europa, el verso nos ofrece, en cambio, juntamente con acentos que a veces tienen resonancia universal, paisajes encantadores de la Nueva Inglaterra o sangrientos degolladeros de Chicago.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

Editorial "Documentos".

Publicaciones en circulación:

Serie «Cuadernos internacionales».

N° 1 *Stalin y el Regimen Capitalista*, por Georges Valois.
„ 2 *La Querella de las Generaciones*, por Pierre Dominique
„ 3 *La Racionalización Marxista*, por Saumy Béracha.
„ 4 *El Sindicalismo de los Técnicos*, por Gastón Sauvebois.
„ 5 *El Plan Quinquenal y la Crisis Mundial*, por Roger Frey.
„ 6 *La Quiebra del Fascismo*, por Pietro Nenni.
„ 7 *El Plan Hoover y la Crisis Alemana*, por Jhon Barbali
„ 8 *El Oro y la Crisis Mundial*, por Jorge Borie
„ 9 *Las Masas y la Politica*, por Lucién Romier
„ 10 *El Nuevo Estado y La Edificación Economica Rusia* por J Stalin
„ 11 *El Destroso de la India*, por Kotsuma Row
„ 12 *Organización y Constructores de Rusia*, por Pierre Dominique
„ 13 *La Revolucion China*, por Chen Fou-Choen
„ 14 *El Nacionalismo*, por Rudolf Rocker
„ 15 *El Anti-Imperialismo Chino y el Communismo*, por Chen Fou-Choen
„ 16 *La inflacion y sus graves defectos economicos*, por Elemer Hantos

Serie «cuadernos de la economia mundial».

N.° 1 *Como se derrumba el Neo Capitalismo*, por M. J. Bonn
„ 2 *Union Soviética enfocada por los redactores de VU*
„ 3 *La Convulsion Economica del Mundo*, por Paul Louis
„ 4 *Cien Años de Dictadura Capitalista*, por Lucien Laural
„ 5 *La bancarrota del mundo por la inflacion de lo créditos*, por Francis Delaisi
„ 6 *Revolución y Crisis de la Racionalización*, por Gregorio Guerra
„ 7 *La Ciencia y el Comunismo*, por Benjamin Gingburg
„ 8 *Liberación socialista*, por Gerardo Ortizar.

Próximo número:

Control o caos, por George Soule.

EDITORES:

Gregorio Guerra

Julio Walton

Gerardo Ortúzar

Distribuidores exclusivos para Chile.

Librería CULTURA

Casilla 6048 — Teléfono 81291 — Delicias 461

Editorial "Documentos"

Suscríbase a los

"cuadernos de literatura proletaria"

Teléfono 89579 - Casilla 3585

SUSCRIPCIONES:

Santiago, 10 números..... $ 5.—
Provincias, 20 „ ..... $ 14.—
Extranjero, 20 „ ..... dls. 2.—

Imp. M. Ferrario, Moneda 1314